

Sida: palabras y hechos

F. J. Blázquez es profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Navarra

La XV Conferencia Mundial sobre el Sida celebrada recientemente en Bangkok ha permitido conocer de cerca la ignominiosa realidad que viven los pacientes de Sida. Ha puesto de manifiesto también que es una catástrofe terrible, incomparable por su magnitud y alcance con otras crisis humanitarias. Y ha constatado al menos la existencia de tres problemas fundamentales que subyacen a la manifestación de este fenómeno. En primer lugar se ha evidenciado que desde que surgió en 1981, el Sida ha provocado la muerte de 20 millones de personas. Y desde la Conferencia anterior que tuvo lugar tan sólo hace dos años en Barcelona, han muerto 6 millones a consecuencia de la infección del virus del SIDA. En segundo lugar ha permitido confirmar que tanto la prevención como el tratamiento continuado constituyen, sin lugar a dudas, las vías más adecuadas para afrontar esta lacerante pandemia. Pero la prevención sigue siendo, lamentablemente, muy deficitaria. En tercer lugar se ha puesto de manifiesto igualmente la falta de voluntad política y la frívola hipocresía que se instalan y presiden estas conferencias mundiales, tal y como denunciaba, entre otras personas recientemente, la presidenta de Médicos sin Fronteras.

¿Qué sucede en estos foros? Pues que por una parte los representantes de los gobiernos acuden y se exponen públicamente en un escenario no habitual, fuera de su control directo o jurisdicción, y pretenden edulcorar sus respectivas políticas sanitarias. A su vez exhiben también su aparente grado de compromiso y cooperación con el desarrollo, a sabiendas que en estos encuentros, tanto los medios de comunicación como las ONG desempeñan un papel fundamental. Saben que sus palabras son retransmitidas y alcanzarán una gran resonancia. También entre sus votantes. Por su parte se encuentran también las organizaciones internacionales como ONUSIDA y las ONG que conocen y manejan cifras y estadísticas de primera mano. Éstas conocen de cerca la realidad, en la que trabajan día a día. Hablan sin necesidad de atender expectativas electorales. Y se convierten, antes o después, en la voz de las víctimas, en su singular portavoz. A consecuencia de lo cual, se asiste así a una especie de diatriba o pugilato dialéctico entre dos mundos distintos y opuestos. De un lado se escuchan los discursos y proclamas, por otro se conocen los datos y hechos. Por una parte salen a escena, travestidos, los intereses y promesas políticas, y por otro se expone la realidad descarnada y sufriente. De ahí la permanente estrategia de intentar desprestigiar y devaluar la eficacia y credibilidad de estas ONG así como de las organizaciones internacionales, no dependientes de gobiernos, que han de hacer frente al déficit del discurso político, eminentemente electoralista. Discurso carente de perspectiva u horizonte a medio y largo plazo, y por otra parte tan vacío como ayuno de compromiso. También se ha evidenciado en Bangkok, que ante la trágica experiencia del Sida, ni el concurso de las ideologías ni el mensaje proveniente de las religiones o creencias disponen de la capacidad de actuar como antídotos. Realmente no son eficaces ni tienen utilidad. Su reino parece ser de otro mundo, podría decirse. Y sin embargo las consecuencias y los efectos deletéreos que provocan son mortíferos. Mientras tanto apenas el 7% de los enfermos pueden acceder a la medicación. Como es sabido buena parte de los pacientes infectados por el Sida, han contraído esta enfermedad a través de relaciones sexuales. Ésa es la realidad empírica incontestable. Ignorarla o pretender eludirla constituye una inadmisibles temeridad. Y lleva a incurrir en graves responsabilidades de diverso tipo. Es obvio que la naturaleza no puede negarse, ni podemos renegar de su manifestación. Y la sexualidad forma parte activa de ella. Sin embargo ante el riesgo de contagio, algunos dirigentes, entre ellos el Gobierno norteamericano, defienden empecinadamente la trilogía BBC, es decir: primero abstinencia, después fidelidad y, en tercer lugar condones. De hecho la administración Bush censura y niega con frecuencia ayuda económica y financiación a diversas organizaciones internacionales y ONG que fomentan el uso profiláctico del preservativo. Ante lo cual cabe señalar en primer lugar que esta propuesta moralizante podría calificarse eventualmente como válida, tal vez para aquellas personas que previamente consideren que esas pautas de conducta merecen seguirse en su vida íntima. Sin duda puede ser, en términos democráticos, una propuesta legítima a título privado. No obstante podemos preguntar a continuación: ¿Desde una perspectiva de

responsabilidad política es además realmente viable? ¿Y con qué grado de efectividad social?

Si nos atenemos a los datos y estadísticas, es bien sabido que África alberga el mayor número de pacientes de Sida, aunque la enfermedad está extendiéndose también a Asia y a los países de Europa del Este. ¿Qué posibilidad y garantías existen, no verbal sino realmente, de que los principios mencionados se cumplan? ¿Acaso las mujeres pueden confiar o eludir y rechazar las propuestas de sus conyuges? ¿En cuántos casos? Es obvio y así lo viene manifestando desde hace años la Organización Mundial de la Salud que la prevención mediante recursos profiláctico es la medida que más garantías de seguridad ofrece para evitar el contagio por vía sexual. De hecho los propios religiosos católicos que viven de cerca, in situ, en los países y poblados del África Subsahariana, conscientes de la distancia que separa el verbo y la carne, el espíritu y el cuerpo, en definitiva las palabras y los hechos, educan y promueven el uso del preservativo, precisamente para preservar y evitar el riesgo de contraer esta lacerante enfermedad.

Además cabe recordar que lamentablemente no sólo se cuentan entre los afectados a las personas adultas, que en muchos vasos acaban muriendo. También es preciso tener en cuenta a los niños que quedan huérfanos, sin padres ni recursos, y que son permanentemente olvidados. Hay 15 millones de niños huérfanos por el Sida en el mundo actualmente, y que en muchos casos tan sólo reciben como herencia el virus infectado por la propia madre, que con aviesa frecuencia carece de tratamiento. De hecho y según los informes de la ONU tan sólo el 3% de las mujeres embarazadas en 73 países fueron tratadas para prevenir la trasmisión del Sida a sus hijos. Por todo ello sería deseable que además de los responsables políticos de los países afectados, los gobiernos de los países desarrollados se implicaran realmente en la búsqueda de medidas y soluciones en el ámbito terapéutico. Fomentando la investigación y eludiendo las presiones de las empresas farmacéuticas, ávidas de beneficio inmediato y oneroso. Empresas que se oponen frontalmente a la producción y comercialización de fármacos genéricos a bajo costo, y asequibles para millones de pacientes, que actualmente no pueden acceder a los fármacos, pues tan sólo están disponibles, en términos económicos, para los ciudadanos de los países desarrollados. Realmente sin voluntad política ni compromiso es difícil encontrar posibles vías de solución, como la producción de una vacuna definitiva que no puede surgir desde la descoordinación internacional, ni a partir de la falta de fondos, existentes actualmente. De ahí el papel relevante de las ONG que se atreven a levantar la voz y se erigen como diría A. Camus en portavoces de los sin voz, de quienes sólo se expresan y hablan en voz baja, mientras entreven y presienten su próxima y dolorosa agonía. Sería conveniente, además, que esos gritos de repulsa y denuncia encontraran eco activo entre los ciudadanos, para que éstos presionen a sus respectivos gobiernos, haciéndoles sentirse en cierta medida corresponsables de la propagación de esta ignominiosa enfermedad. Pues el año pasado fallecieron 3 millones de personas que podrían haber evitado la muerte si hubiesen tenido acceso al tratamiento. Sólo así será posible llegar a la próxima Conferencia Internacional sobre el Sida, dentro de dos años, con una agenda concreta de programas y actuaciones, a partir de la aprobación de presupuestos económicos, que puedan hacer viable y efectiva la lucha contra esta infernal enfermedad. Está claro que las palabras ni previenen ni curan. Únicamente los preservativos contribuyen activamente a preservar realmente la salud.